Tan gran cosa como esto es la contrición; por lo cual, la mejor y más substancial y provechosa devoción que podemos tener es acostumbrarnos a hacer muy a menudo actos de contrición, con verdadero amor de Dios. Principalmente se deben hacer en particulares ocasiones.

Lo primero, por la mañana, para que, reconciliados con Dios, se asegure en todas las obras del día el mérito de gloria eterna. Porque las obras del pecador, que fueran muertas sin merecimiento de gloria, ya después de la contrición las hará merecedoras de gracia y gloria.

Lo segundo, se ha de hacer acto de contrición por la noche, previniéndose el cristiano contra una muerte repentina, que puede suceder.

Lo tercero, si acaso comete un pecado mortal, lo cual no permita Dios por su misericordia, importa que haga luego acto de contrición, para no permanecer un momento más enemigo de Dios, y para que no haga más pecados mortales.

Lo cuarto, antes de empezar a orar; porque ésta es muy buena disposición para entrar a hablar a Dios. No es cosa decente que se ponga a conversar familiarmente con Dios un enemigo suyo, que no trata de ser su amigo; y *las alabanzas divinas, en la boca de un pecador no están decentemente.*

Lo quinto, en todo peligro de muerte se debe hacer acto de contrición, para asegurar uno su salvación.

Lo sexto, importa que se haga en cualquier grave tentación, para fortificarse el alma contra ella.

Lo séptimo, en todo negocio grave y arduo que se emprenda, o de cualquier modo se haya de implorar el socorro divino, porque con la contrición nos disponemos para que Dios nos asista y enderece, y oiga nuestras peticiones.

Lo octavo, cuando se llega uno a los Sacramentos, que es admirable disposición para recibirlos con más provecho. Y algunas veces *es necesario* en este caso tener acto de contrición, si no es que se confiese uno; porque si no es el Bautismo y el Sacramento de la Penitencia, se han de recibir los demás en gracia; y así, antes de confirmarse, o casarse, u ordenarse de orden sacro, debe uno que está en pecado confesarse primero o tener acto de verdadera contrición. Para el Sacramento de la Penitencia es convenientísima la contrición; si bien bastará la atrición, que es un do-

lor de los pecados por las penas del infierno u otro motivo santo que no llega a ser por amor de Dios. Pero no es razón que nos contentemos con este dolor menos noble, sino que reventemos de pena de haber ofendido a un Dios infinitamente bueno, por ser Él quien es. Porque si hay buenos respetos en nosotros para con nuestro Criador y Redentor, aunque no hubiera infierno, ni muerte, ni castigo, ni premio alguno, se nos había de partir el corazón de puro sentimiento, de haber sido traidores a tan gran Majestad, sólo por su infinita autoridad y bondad.

§ 2

Cómo ha de ser el dolor y el propósito.

Para hacerse verdadero acto de contrición, debe nacer el dolor de los pecados de verdadero amor de Dios; y así, se ha de poner la mira en los motivos que engendran este amor, que son las infinitas perfecciones de Dios, singularmente su majestad, hermosura, bondad, amor, liberalidad y beneficencia. ¡Qué *majestad* tan digna de ser servida, pues los ángeles tiemblan en su acatamiento, y está autorizada y armada con su Omnipotencia! ¡Qué *hermosura* tan digna de ser amada, pues los que más la aborrecen, que son los demonios, si la vieran como es en Sí, al momento la amaran necesariamente más que a sí mismos! ¡Qué *bondad* la de Dios, pues por hacer bien a sus enemigos, quiso Él padecer males! ¡Qué *amor* el de Dios tan fino, que por unirse más con el hombre se hizo Él mismo hombre! ¡Qué *liberalidad*, pues dió al hombre el mismo ser de hombre, y luego todas las criaturas, y luego a Sí mismo! ¡Qué *beneficencia* la de Dios, pues redimió al hombre de la servidumbre de Satanás, sacóle del infierno, levantóle a ser heredero del cielo, y pequeñísimos y muy ligeros servicios remunera con peso eterno de gloria!

Todos estos atributos divinos arrojan de sí, no saetas, sino rayos de amor para encender nuestros corazones, y partirlos por medio de dolor, por haber menospreciado a tan inmensa *Majestad*, tan digna de ser servida y amada sobre todas las cosas. Ha de lamentarse el pecador de haber ofendido tan infinita *bondad*, y por eso privándose de su amistad y gracia y todo bien, la cual pérdida nos debe causar mayor pesar, que si hubiéramos perdido todo el mundo.

¡Qué tristes suelen estar los hombres de haber perdido la salud, u honra, o hacienda, o amigos! No hay consuelo para algunos de estas pérdidas temporales, ni remedio de enjugarles las lágrimas; y todas estas pérdidas, y aun todas las posibles e imaginables no tienen que ver con haber perdido sólo a Dios. Y así había de ser nuestro pesar mayor que cuanta pena han tomado los hombres por otras cosas. Junta en uno todas cuantas pérdidas han sucedido en el mundo, de cosas que bien se quieren; junta todos los pesares que han tenido y tendrán los hombres de cosas temporales; junta las lágrimas que han derramado las madres por sus hijos, las mujeres por sus maridos y todos los mortales por sus desdichas; y haz un dolor de tantos dolores, y un llanto de tantos llantos, y un llorar de tantas lágrimas, y una pérdida de tantas pérdidas, y un pesar de tantos pesares: pues a tan extraño llanto y sentimiento, procura que infinitamente exceda el dolor de tus pecados; porque más pierdes con uno solo, que todo lo que han perdido los hombres y llorado.

Perdiste en un pecado a Dios, Bien eterno; bien tienes que llorar para muchos años y aun para una eternidad. Y si un solo pecado mortal merece tanto pesar, por los innumerables que uno tiene, mire cómo debía estar. Ni con millones de corazones tenía bastante para sentir la pena que se debe sentir. Debía ser este dolor a la medida

de la grandeza y bondad de Dios ofendido, que es sin medida ni término, y así es infinita.

Y el propósito de la enmienda para adelante, ha de ser a la medida del dolor de los pecados pasados. Ha de procurar tener el cristiano la más firme y constante resolución que se ha tomado en el mundo, con una determinación eterna de no pecar más, por ningún respeto de cosa criada, ni por amor de bien que se espere pecando, ni por temor de mal que pueda suceder, y que haya de suceder no pecando; pues el bien que se pierde por el pecado, es mayor infinitamente que todos los demás bienes juntos, posibles e imaginables; y los males que vienen por pecar, son incomparablemente mayores que todos los males del mundo que puede alcanzar la imaginación. Y así, el horror al pecado ha de ser inmenso e invencible contra todo amor de bien posible fuera de Dios, y contra todo temor de mal, y de males posibles e imaginables, temporales o eternos.

Las mismas penas del infierno nos habían de parecer un paraíso, respecto del mal único de la culpa solamente. Persuádete esta verdad certísima, que todas las criaturas juntas no te pueden hacer tanto daño como un solo pecado mortal te hace; y lo que es más, ni el Criador y omnipotente Señor del cielo y tierra, te puede hacer el mal que tú te haces con sólo cometer una culpa; y así, si se conjurasen contra ti todos los elementos, para descuartizarte y hundirte, y todas las bestias fieras y ponzoñosas para despedazarte y comerte, y todos los hombres del mundo para perseguirte, y todos los ángeles del cielo para afligirte y tirarte rayos, y los demonios del infierno para atormentarte, con facultad general para hacerte todo el daño que pudiesen; y lo que más es, si el mismo Dios desplegase toda su omnipotencia, y la consumiese en ti solo para hacerte daño, no te pudieran hacer, ni las criatu-

ras todas, ni todo el Criador, el daño que te es sólo un pecado.

El mayor mal de los males es la culpa mortal; y así, hemos de tener por ella el mayor pesar de los pesares el mayor dolor de los dolores, el mayor propósito de los propósitos, renunciando todos los bienes del mundo y abrazando todos sus males, antes que hacer un pecado. No nos piden mucho por librarnos de tanto mal como la culpa, y conseguir tanto bien como la gracia, en que dejemos, si fuere menester, todas las cosas, y nuestro gusto, y aun nuestra misma vida.

Lástima grande es con qué tibieza hacen algunos los propósitos, pues no quieren hacer por librarse de tanto mal como el pecado, lo que hacen por sanar de tan pequeño mal, como es una enfermedad o dolor de cuerpo. ¿Es mucho que si temes que has de ofender a Dios quedándote con las riquezas y hacienda que posees, que la renuncies y dejes todo por el cielo y la gracia, pues la gastaras por sanar de una enfermedad? ¿Es mucho que dejes la ocasión y mudes de casa o de puesto, pues por la salud mudaras lugares y reinos, si fuere menester? ¿Es mucho que cumplas lo que aconseja Cristo, que *si te escandaliza uno de los ojos, que le saques, y si te escandaliza un pie, que te le cortes,* pues por sanar de un cáncer te le dejarías aserrar, y por un dolor de piedra te dejaras rasgar tu carne y partir por medio? Si por librarte de un solo mal de esta vida dieras la hacienda de tu casa, y los ojos de tu cara, y la sangre de tus venas, y los miembros de tu cuerpo; por librarte de todos los males, o del mal que es más mal que todos los males juntos, ¿qué debes hacer? Mira cómo debes proponer; mira cómo debes detestar y abominar el pecado. Mira qué debes hacer por huir el sumo mal de los males. No sea menos que lo que harías por el menor mal de los males y bien de los bienes, que es la hacienda o salud.

Por cierto que no nos habíamos de hartar de sentir y llorar los pecados, lamentando amargamente las ofensas hechas contra nuestro Dios, atravesado el corazón de pena por haber injuriado a un Señor tan grande, aun en cosas muy pequeñas, como lo hacían los Santos. Reciente es el ejemplo de la bendita Madre Isabel de Santo Domingo, dignísima compañera

de Santa Teresa de Jesús y rica corona del Carmen, esmaltada con la perfección de todas las virtudes, que siempre andaba llorando con grande amargura sus pecados. Y preguntada qué pecados eran los que lloraba tan amarga y sentidamente, respondió que cuando estaba en casa de un tío suyo era grande la pasión que tenía de ver y oír celebrar fiestas en la iglesia con mucha solemnidad y música; porque se detenía allí más tiempo del que mostraba querer la persona que cuidaba de ella. Y que en cierta ocasión dejó de hablar a unas personas porque entendió que procuraban se casase, aunque no les tuvo mala voluntad, porque en su vida se la tuvo a nadie. De tan leves faltas se dolía con tan excesivo dolor. Buen argumento de la gran perfección y amor de Dios que alcanzó, pues así sentía sus ofensas.

El piadoso y erudito historiador de esta sierva de Dios (1) añade el ejemplo de San Agustín, el cual sintió tanto aun los pecados más pequeños, que no halla en sus *Confesiones* (2) palabras con que exagerar el haberse entretenido mirando cómo el galgo acosaba la liebre; y a una avecilla, que llamaban alguacil de las moscas, cómo las cazaba en el aire y cómo las enredaban en sus telas las arañas. Todo esto lloraba el santo con un vivo e intenso dolor. ¿Cuál le pedirán los pecados graves? Todo es poco, si no es inmenso.

CAPITULO 5

NO BASTA CONSEGUIR LA GRACIA, SI CON PENITENCIA Y SANTA VIDA NO SE CONSERVA

§ 1

De los que no trabajan por conservar la gracia.

Después de reconciliado uno con Dios, limpio de sus pecados y hermoseado con la gracia que ha conseguido por la contrición verdadera y por

(1) Don Miguel Bautista de Lanuza, lib. 2, c. 10, n. 6.
(2) Lib. 10, cap. 35.

el sacramento de la Penitencia, ha de procurar que persevere en el estado divino que ha alcanzado, mostrando que su conversión a Dios es firme y de corazón, de manera que dure hasta la muerte, pues morir en gracia es la mayor dicha de la vida. Porque *el que perseverare hasta el fin, ése será salvo;* y aunque fuera grande bien estar siquiera por un instante en gracia, pero dejarla luego el hombre, y echar de sí voluntariamente al Espíritu Santo, y volver las espaldas a Dios, tornándose a casa del demonio, es enorme desagradecimiento y peligrosísima cosa. La gracia da derecho a la vida eterna, y así debe durar toda la vida temporal. Antes nos ha de dejar el cuerpo, que deje nuestro espíritu a la gracia de Dios.

El que una vez se ha confesado, procure con todas sus fuerzas perseverar en santa vida por toda su vida, hasta morir en gracia, que es la mayor felicidad del mundo. Esto es lo que clama Isaías (1, 16): *Lavaos, y estad limpios;* porque los que luego tornan a pecar, lávanse, no para estar limpios, sino para tornar a ennegrecerse y mancharse con la inmundicia del pecado, siéndoles de poco provecho el haberse lavado, como dice el Eclesiástico (34, 30): *El que se lava por el contacto de un muerto y luego le torna a tocar, ¿qué le aprovecha su lavatorio?* Este es el que vuelve a pecar después de las lágrimas de la penitencia, que no sólo torna a tocar al muerto, sino a estar él muerto por su pecado. Por esto dice San Gregorio (1): «Deben ser avisados los que lloran sus pecados cometidos y no los dejan, que consideren solicitamente cómo se limpian en balde llorando, los que viviendo malamente se ensucian; pues para eso se lavan con lágrimas, para volver a la inmundicia del mundo.» No hemos de tornar al vómito. Las caídas en las

(1) Pastor., p. 5. admon. 31.

convalecencias suelen ser más peligrosas. Oiga cada uno lo que dice el Hijo de Dios (*Jn.*, 5, 14): *Ves aquí que estás sano; no quieras más pecar, porque no te acaezca alguna cosa peor que antes.*

Muchos son como Faraón, que oprimido de las plagas que Dios le enviaba, hacía grandes propósitos; pero en alzando su mano poderosa y cesando el castigo, era lo que antes. De él se dice en el Éxodo (9, 34): *Como viese Faraón que cesó la lluvia y el granizo y los truenos, aumentó el pecado, y se le agravó el corazón.* Muchos, estando afligidos con la enfermedad o con otra calamidad que Dios les envía para su bien, se confiesan y proponen grande enmienda; pero en sanando, vuelven a lo que fueron, o aumentan sus pecados. Tomen el consejo del Eclesiástico (7, 8): *No ates los pecados doblados, porque con uno solo no estarás seguro.* Porque si, como dice el Espíritu Santo (*Eccli.*, 5, 5) *aun del pecado ya perdonado no nos hemos de asegurar*, descuidándonos de hacer penitencia, ¿qué seguridad puede tener el que, en lugar de continuar su penitencia, hace de nuevo porque la haya de empezar, conmutando las penas que se había de dar en las culpas que no había de hacer? Este tal hace burla de Dios y se ríe de su misma penitencia. «Burlador es, dice San Bernardo (2), no penitente verdadero, el que aún hace porque deba hacer penitencia.»

No es para reírse, por cierto, la Sangre de Cristo, que se nos aplicó en los Sacramentos; no es para hacer burla la excelencia de la gracia que alcanzamos; no son cosa de risa los eternos tormentos que por los pecados merecimos; sea la penitencia verdadera y constante. Por lo menos hagamos lo que dice el Profeta Baruch (4, 28): *Como estuvo vuestro sentido para apartaros de Dios, cuando os convirtáis a Él otra vez, diez*

---

(2) Lib. *De Anima.*

doblado le habéis de buscar. Tome por dichas a sí estas palabras el que se acaba de confesar, considérelas despacio y procure cumplirlas, y sirva a Dios diez doblado más que le ofendió.

De los que después de recibida la gracia vuelven a pecar, se queja Dios con gran sentimiento por el profeta Isaías (1, 2): *Yo crié hijos y los ensalcé, mas ellos me despreciaron.* Cría Dios hijos por la gracia; susténtalos con su carne y sangre; ensálzalos de la miseria del pecado a una dignidad y engrandecimiento divino; pues que estos tales desprecien a Dios, cosa es de gran sentimiento a Su Divina Majestad, y más favoreciéndolos tanto y regalándolos de manera, que dice por Isaías (66, 12): *Seréis llevados a mis pechos, y sobre las rodillas seréis acariciados; de la manera que una madre halaga y acaricia, así Yo os consolaré.* Estos son los que están en gracia, hijos a quien Dios sustenta y cría a sus pechos, y acaricia tiernamente, y engrandece sobre toda la grandeza del mundo. Si con todo eso dejan a tan buen Padre, ¿qué desagradecimiento puede ser más notable y enorme?

Con razón dice Dios por Jeremías (11, 15): *¿Qué cosa es que mi amado en mi casa hizo muchas maldades?* Y por David (54, 13): *Si un enemigo mío me maldijera, sufriéralo por cierto: pero tú, que tienes un alma conmigo, y eres mi guía, y mi conocido, que comías conmigo unos mismos manjares,* esto es para espantar; esto es para no poderse sufrir. Que uno que es amado de Dios ternísimamente, que no sólo está en su casa, sino que es en su casa hijo; que no sólo es hijo, sino que es un alma con el mismo Dios, hecho un espíritu con él, y el mismo espíritu de Dios, que es el Espíritu Santo, está dentro de él para darle vida de hijo del Altísimo; que no sólo se asienta a la mesa con Dios, sino que come en manjar al mismo Hijo natural de Dios; que este

tal haga traición a tan buen Padre y Señor, cosa es que asombra. Que un gentil, que es enemigo de Dios, le ofenda, no hay que espantar; pero que un cristiano, después de haberse confesado, torne a pecar, cosa es que pasma, y los ángeles que lo miran no saben qué decirse.

§ 2

El que ha llegado a lavarse con la sangre de Cristo en el Sacramento de la Penitencia y blanqueádose más que la nieve en las fuentes del Salvador, tiemble de tornar a revolcarse en el cieno de su culpa. Mire con los ojos de viva fe qué transformación ha pasado en su alma y que ha de pasar la misma en su vida. No ha de tener ya deseos de hombre, sino de ángel; no obras de carne, sino de espíritu divino; no sentimientos de mundo, sino del Evangelio de Cristo. Mírese ya ciudadano del cielo; mírese ya hijo de Dios; mírese ya amigo del Espíritu Santo; mírese ya todo endiosado y deífico; sus obras sean dignas de Dios, divino está hecho por la gracia; las cosas divinas son eternas, eterno ha de ser en sus buenos propósitos, eterno en sus santos deseos, eterno en sus obras virtuosas y eterna en él la gracia.

Para llorar es con eternas lágrimas la inconstancia de muchos que se confiesan; porque sólo aquel día o, cuando mucho, dos o tres, se guardan con algún cuidado, mas luego se tornan a ser temporales, y tan hombres como antes, habiendo de ser como ángeles eternamente. Cuidado grande se ha de poner en esto, perseverando hasta la muerte en este bien, guardando la gracia y guardándose perpetuamente de lo que puede ser ocasión de perderla. «Como a los enfermos—dice San Crisóstomo (3)—, si no es que siempre vivan ordenadamente, no les es de provecho guardar dieta y rigor por tres o cuatro días: de la misma manera son los pecadores: si no es que siempre sean templados, no les aprovecha el corregirse por tres o cuatro días.»

La penitencia dolorosa, el ánimo contrito, el corazón humillado, la devoción piadosa, los afectos santos,

(3) Homil. 3 ad Popul.

la oración continua, no se han de acabar luego, sino continuarse y multiplicarse; porque así como cuando uno libra bien de una mortal enfermedad, no porque salga del peligro de muerte, sale luego de regla, sino que se abstiene y guarda en la convalecencia más que antes, hasta adquirir perfecta sanidad; así también el que ha escapado de la muerte del pecado ha de guardarse mucho y continuar la penitencia y devoción, porque aún ha menester cobrar más fuerzas y salud. Tenemos una naturaleza muy enferma; es menester andar siempre con miedo de recaer, guardando siempre reglas de salud. El que acaba de confesarse mírese como vivo, no como robusto; como buen convaleciente, no como perfectamente sano; mírese como vivo, para obrar; mírese como flaco, para guardarse. Aun después de la perfecta sanidad, es necesario no hacer excesos para no volver a enfermar. No hay en esta vida entera seguridad.

No piense uno que con tener contrición verdadera, o con haber recibido la absolución del sacerdote, está todo acabado; con los pecados hay mucho más que hacer. Hay que quitar los malos hábitos, hay que quitar las penas de los pecados, y después el cuidado de perseverar en gracia. La contrición y el Sacramento de la Penitencia, lo que quitan totalmente es la culpa de los pecados; lo que dan es la gracia, restituyendo al hombre de muerte a vida; pero fuera de la culpa de los pecados, hay la pena de ellos y también los malos hábitos y costumbre de pecar; y todo esto no lo suele quitar la contrición ni el Sacramento. Por esto es menester que fuera del dolor, que desterró la culpa, se siga la satisfacción, que quite lo que resta de la pena, y limpie y sane al alma de los malos hábitos y costumbres.

Por falta de este cuidado suceden tan prestas y notables caídas, y a veces mayores que antes; y es prudencia prevenirse contra peligros tan grandes, no suceda lo que dijo el Profeta (*Ps.* 37), que *se le pudrieron y corrompieron las cicatrices de llagas ya curadas, por causa de esta imprudencia* de no prevenirse para lo de adelante, como nota San Gregorio, el cual dice: «Por imprudencia de la negligencia, la herida sana se pudre; porque mientras el alma desagradecida no quiere apercibirse para adelante con cuidado y vigilancia, cometerá más miserablemente aquellos mismos males que había echado de sí.»

El mal hábito que se adquirió por costumbre de largo tiempo se ha de quitar también por contraria costumbre, que pide también tiempo. Pues como no hay cuidado, ni prudencia, después de haber confesado, de acostumbrarse a hacer obras de virtudes contrarias a los vicios en que se pecó, quédase uno con los mismos malos hábitos y perversas costumbres, que le vuelven muy presto a lo que fué; y así, para asegurarse uno ha menester continuar la penitencia y cuidar de la satisfacción, no sólo la que le señala el confesor, sino la que el penitente humilde y contrito pudiere hacer; porque con esto se hacen estas dos cosas tan importantes, limpiarse de las penas y sanarse de las malas costumbres. Por esto nos amonestó el Espíritu Santo (*Eccli.*, 5, 5) que *no nos aseguremos del pecado ya perdonado*; porque aunque la culpa se haya totalmente quitado, no se arranca con ella el mal hábito que causó.

Por esta razón los Santos, aun después de haber tenido revelación del cielo, que se les habían perdonado los pecados, hicieron grandes penitencias, y pedían a Dios los limpiase más de ellos. Arnolfo príncipe de Lorena, luego que supo que Dios le había concedido perdón de sus pecados, dió principio a mayor penitencia, retirándose de todas las cosas para darse a mayor rigor.

El profeta Natán dijo al rey David de parte de Dios cómo le había perdonado su pecado; con todo eso el santo penitente empezó a afligirse, a hacer rigurosa penitencia, a clamar al cielo, a pedir que Dios *le lavase más y más, y que le limpiase de su pecado* (*Ps.* 50), sabiendo que estaba ya limpio de la culpa, mas no de la pena, ni de los malos hábitos; y el mismo David no se hartaba de lavar sus pecados con lágrimas continuas, como confiesa de sí (*Ps.* 6, 7): *Fatiguéme con gemidos, lavaré todas las noches mi cama; regaré con mis lágrimas mi estrado.* En otra parte dice (*Ps.* 37, 18): *Estoy aparejado para los azotes, y mi dolor tengo siempre delante de mí, porque publicaré mi maldad y cuidaré por mi pecado.* Tanta pena le daba a este santo rey el pecado ya perdonado, que cada día le lloraba, y después de muchos años le tenía para llorar tan fresco como el primer día.

Esto mismo aconseja el profeta Jeremías (*Tren.*, 2, 18): *Vierte lágrimas, como un arroyo impetuoso, de día y de noche, y no te des descanso, y no calle la*

niña de tus ojos, por lo mucho que se debe de llorar y ha de durar la penitencia lavando los pecados.

Así lo hizo San Pedro, que lloró su pecado toda la vida con ardientes y continuas lágrimas.

El mismo sentimiento le duró a San Pablo, como advierte San Agustín, y nos encarga su ejemplo diciendo (4): «Si el Apóstol llora aún los pecados perdonados después del Bautismo, ¿qué nos queda que hacer a nosotros, que *estamos puestos sobre el fundamento de los Apóstoles*, sino es llorar? ¿Qué, sino estar siempre toda la vida con dolor?» Luego añade: «Siempre se duela uno, y huélguese de dolorse; y si aconteciere arrepentirse del dolor, siempre se duela; y no es bastante cosa que se duela, sino que con fe se duela, y duélase de no haber tenido siempre dolor.» El mismo Santo dice (*Ps.* 37): «Yo un día tras otro día lloraré, y haré todo lo que se debe hacer para lavar y sanar mi pecado.»

Verdad es que en un instante se perdona la culpa; pero queda por mucho tiempo que pagar la pena y que sanar la mala costumbre; y así, la medicina de la penitencia y las aguas saludables de las lágrimas han de durar hasta sanar por lo menos del hábito vicioso. No basta sólo sacar la saeta de la herida; es necesario se apliquen medicamentos hasta que se cierre la llaga y quede sin cicatriz. Mucho hay que hacer después de la confesión, pues queda la satisfaccin. Mucho hay que hacer después de perdonada la culpa, pues queda por pagar la pena y quitar el vicio. Mucho hay que hacer después de adquirida la gracia, pues queda el asegurarla y el adelantarla.

No merecen menos deligencia los bienes del cielo que los de la tierra. ¿Quién hay que alcance una herencia que no gaste algunos días en su disposición y gobierno? ¿Quién hay que, constituído en una grande dignidad, no se desvele en el modo cómo se ha de haber en ella? Mayor cosa es la gracia; cueste después de adquirida algún cuidado de conservarla y no verla más perdida con pecado.

---

(4) Lib. *De vera et falsa poenit.*, cap. 13.

§ 3

Por esto conviene que después de confesado uno considere despacio el beneficio inmenso de la justificación que ha recibido; la grandeza de la gracia de Dios con que se ha hermoseado su alma; la dignidad de hijo del Altísimo a que le han sublimado; la excelencia del reino de los cielos, cuyo derecho ya tiene; el grado divino con que está ya entronizado y ensalzado sobre toda la naturaleza; la vida tan divina que debe hacer de allí adelante, proporcionada al engrandecimiento del estado en que se ve; cuán lejos de pecados ha de estar; la obligación que tiene de dar satisfacción por los que cometió; el riesgo que tiene de tornar a caer, si se queda con los malos hábitos y conserva las mismas costumbres, condescendiendo con sus inclinaciones y no quitando las causas, ni arrancando las raíces de sus vicios.

Todo esto no se debe hacer de prisa ni en tan poco tiempo como muchos hacen, que habiendo sido grandes pecadores, se confiesan y quieren satisfacer a Dios de la noche a la mañana, sin tratar más de virtud ni de la satisfacción que merecía su mala vida, y sin considerar más lo que deben hacer para asegurarse de sí mismos. Más días se debían gastar para no tornar a hacer burla de Dios y de nuestra salvación; yerran muchos pensando que con dolerse y proponer no ofender más a Dios está todo acabado. Conviene, fuera de eso, considerar los medios que le ayudarán para eso y proponer cumplirlos. Los medios para no pecar son: la frecuencia de los Sacramentos, el trato interior con Dios, la lección de libros devotos, el retiro de cosas del mundo. Engáñanse a sí mismos si proponen el fin sin querer los medios. Es imposible que se quiera eficazmente un fin sin que se quieran también sus medios; y así, miente quien dice que quiere no ofender a Dios, si no quiere los medios por donde no le ha de ofender.

No hay que fiar de propósito, si no se alimentan las fuerzas del alma con santos ejercicios y con trato interior con Dios. Denme uno que tenga los propósitos de San Pablo; fáltele a su alma el sustento de la oración y otros ejercicios espirituales; no los cumplirá; porque por más resuelto que uno estuviese de hacer

en dos días a pie camino de treinta leguas si en los dos días no comiese bocado, por más propósitos que tuviese, no lo cumpliría, porque le faltarían fuerzas faltándole el sustento. De la misma manera, si falta al espíritu su alimento, le faltarán fuerzas, y sin fuerzas, por más propósitos que tenga, no las cumplirá. El manjar que da fuerzas al alma es la oración devota, la meditación sosegada, la lección piadosa, la presencia de Dios, el trato espiritual. Sin estas cosas estará el alma debilitada y flaca, y no hay que espantarse de las caídas que diere.

Importará mucho ponerse en estilo de vida de mayor perfección, porque con esto es cosa fácil la perseverancia en gracia, añadiendo a la observancia de los mandamientos la de los consejos, y a las obras de obligación las de supererogación. Por eso decía nuestro Padre San Ignacio que si se hubiesen de pedir a Dios milagros, mayores milagros se requerían para la observancia de los mandamientos solos que de los consejos evangélicos; porque es más dificultoso de guardar los preceptos sin los consejos, que los preceptos y consejos. A los consejos nos exhortó Cristo claramente, y Él mismo dijo que sin el consejo de la pobreza era tan dificultoso entrar en el cielo, como lo es que un camello entre por el ojo de una aguja.

Entre los propósitos que debe hacer el verdadero penitente, fuera del sustento espiritual del alma, ha de ser huir mil leguas de las ocasiones de pecar. Muy poco contrito estará quien, sabiendo que en una ocasión ofendió algunas veces a su Criador, se torna a poner al mismo riesgo; porque verdad es lo que dijo el Espíritu Santo (*Eccli.*, 3, 27): *El que ama el peligro, perecerá en él.* ¿Quién hay que si en el paso de un camino le hubieran diez veces robado los salteadores todo lo que tenía y dejado desnudo, tornara a pasar por allí? Si otras tantas veces fuera herido de muerte en un lugar, no se atreviera de una legua a llegar a él. ¿Cuántos hay que por una o dos veces que padecieron naufragio no han querido ver más la mar? ¿Cómo se atreve el hombre a tornar donde cien veces le robaron a Dios, donde cien veces mataron a su alma, donde innumerables veces ha padecido naufragio, y si no muerto, salió de él agonizando? El verdadero y fino penitente se guarda de todo esto.

Verdaderamente, no es menos delicada la salud del alma que la del cuerpo. Mira con qué tiento anda uno

que quiere convalecer; del aire se guarda. no hace exceso alguno, porque cualquier cosa en que se desmande le hace daño. Más delicado y tierno está quien no de peligro de muerte, sino de la misma muerte del alma acaba de salir; del aire del mundo se ha de guardar, no desmandándose en cosa alguna, por pequeña que sea. No es mucho que saliendo de mayor peligro, y siendo más preciosa la salud y vida del alma, ande uno con igual cuidado de ella que anda un convaleciente por la salud del cuerpo corruptible.

CAPITULO 6

EL QUE ESTÁ EN GRACIA HA DE OBRAR LOS DOCE FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO

§ 1

Así como el que ha conseguido la gracia, después del sacramento de la Penitencia, de hombre carnal y terreno, ha pasado a ser espiritual y divino; así ha de mostrar en sus obras igual diferencia de las pasadas a las del presente. No es ya el que fué, y así no ha de obrar ya lo que obró, sino obras tan diferentes, como verdaderamente es el estado de su alma diferente. La raíz es muy diversa, y así lo han de ser los frutos; todos han de ser del Espíritu Santo. Oiga, y cumpla lo que dice el apóstol San Pablo a los que han recibido la gracia (*Gal.*, 3): *Andad en espíritu, no cumpláis los deseos de la carne. La carne desea lo que es contrario al espíritu, y el espíritu desea lo que es contrario a la carne. Estas dos cosas son contrarias entre sí, para que no hagáis todo lo que queréis; y si sois guiados del espíritu, no estéis debajo de la ley. Conocidas son las obras de la carne, las cuales son la fornicación, la inmundicia, la desvergüenza, la lujuria, la servidumbre de ídolos vanos, hechi-*

zos, enemistades, contenciones, emulaciones, iras, riñas, disensiones, parcialidades, envidias, homicidios, embriagueces, convites y cosas semejantes, de las cuales os aviso de antemano, como ya lo he hecho; porque los que hacen tales cosas no conseguirán el reino de Dios. Pero los frutos del Espíritu Santo son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad; contra estas cosas no hay ley. Los que son de Cristo, crucificaron su carne con sus vicios y concupiscencias. Si vivimos por el espíritu, andemos también con el espíritu. Esto debe hacer quien por la gracia ha recibido en su alma el Espíritu Santo. Y así, ha de tener estos doce frutos del Espíritu que señaló San Pablo.

Lástima es que no reparen ni sepan los cristianos para qué les propone la Iglesia los frutos del Espíritu Santo, y se los enseña en la cartilla de la Doctrina cristiana, que es para que los obren, gobernándose en todo por el Espíritu Divino, no por el espíritu humano ni mundano. Son estos frutos un catálogo de las condiciones y virtudes con que ha de quedar y obrar quien está en gracia, porque ha ser como el árbol de la vida que nos pinta San Juan (*Apoc.*, 22), que *lleva doce frutos al año,* que son los que contó el Apóstol, muy proporcionados para formar al cristiano en una vida santa, en razón de lo cual debe ordenarse el alma que está en gracia *para consigo misma, para con sus iguales,* que son las personas con quienes vive, y *para con los seres inferiores,* que es todo lo demás.

Entonces se ordena el alma *en sí misma* cuando está bien dispuesta, así en los bienes que ha de querer, como en los males que puede padecer. Y la primera disposición del alma es respecto del bien, y es por amor, el cual es el primer y principal afecto y la raíz de todos los demás. Y así entre estos doce frutos del Espíritu

Santo se cuenta en primer lugar la *caridad*, que es el amor de Dios, y por eso, con la gracia y caridad se da al hombre el Espíritu Santo, porque es amor; y así, dijo el Apóstol (*Rom.*, 5): *La caridad de Dios se ha derramado en vuestros corazones por el Espíritu Santo que se os ha dado.*— Al amor de la caridad es necesario se siga *gozo*, porque todo amante se goza con la junta y unión de su amado, y la caridad siempre tiene presente a Dios, a quien ama, como lo dice San Juan (1 *Jn.*, 4): *El que permanece en caridad, permanece en Dios y Dios en él.* Y así, se sigue a la caridad el gozo, que es el segundo fruto.— Cuéntase luego, en tercer lugar, la *paz*, porque es la perfección del gozo santo, por dos cosas. La primera, cuanto a la quietud y sosiego de las cosas exteriores que pueden turbar el corazón; porque no puede gozar perfectamente del bien amado el que es alterado en su gozo y turbado de otras cosas; y el que tiene perfectamente sosegado y contento su corazón en una cosa, no puede ser molestado de otra, porque estima lo demás como si no fuese. Por lo cual dijo el Salmista (*Ps.* 118), que *sería mucha la paz de los que aman la ley de Dios, y no tendrán ofensión alguna*, porque no son turbados de las cosas exteriores de tal manera que les quiten el gozar de su Dios. La segunda cosa es, cuanto al sosiego del deseo alborotado e inquieto, porque no goza perfectamente de una cosa aquel a quien no le basta y llena aquello con que se goza. Pues estas dos partes tiene la verdadera paz del alma; conviene a saber: que no nos turbemos ni alteremos con las cosas exteriores, y que nuestros deseos se sosieguen y harten en una cosa sola, que ni de fuera ni de dentro haya cosa que impida su quietud, ni los bienes exteriores ni los deseos interiores. Por esto, después de la caridad y el gozo tiene la paz su lugar. Con estas tres cosas se compone el alma *cuanto a los bienes*. Para

los males se ordena con otros dos frutos siguientes. Lo primero, para que no se turbe con los males presentes, la *paciencia* la templa. Lo segundo, para que no se aflija por la dilación de los bienes que espera, la cual se mira como mal, porque, como dijo el filósofo (1), el carecer de bien, tiene razón de mal, la *longanimidad* nos ordena para este sufrimiento. Con estas virtudes se dispone el alma ordinariamente *para consigo misma*.

Para ordenarse el hombre *con sus iguales*, que son los prójimos, sirven otros cuatro frutos, que luego se siguen. Porque lo primero se debe ordenar uno con otros cuanto a la voluntad de hacerles bien, y este oficio hace la *bondad*. Lo segundo, cuanto a la ejecución de hacer bien, lo cual cumple la *benignidad;* porque, como dice Santo Tomás (2), *dicuntur benigni, quos bonus ignis amoris fervere facit ad benefaciendum proximis*. Aquellos se dicen benignos, que un fuego bueno de amor les hace fervorizarse para hacer bien a los prójimos. Lo tercero, cuanto a llevar los males que nos hicieren; y de esto es causa la *mansedumbre*, que pone freno a la ira. Lo cuarto, porque no sólo no hemos de hacer mal a los prójimos con ira y violencia, pero tampoco con astucia y engaño; y para esto nos ayuda la *fe* y lealtad.

Fuera de las reformaciones dichas, se ha de ordenar un alma para con las cosas que están *debajo de sí*, como habla Santo Tomás, que son sus acciones, apetitos y bienes exteriores. Pues para ordenarse uno en sus acciones y bienes de fortuna, sirve la *modestia*, que guarda su decoro y templanza en dichos y hechos y todos los movimientos corporales. Para moderar el apetito y concupiscencia interior, cuanto a las co-

(1) *Ethicor.*, lib. 5, cap. 5 et 3.
(2) 1, 2, q. 70, art. 3, in corp.

sas lícitas, sirve la *continencia;* y cuanto a las ilícitas, la *castidad.*

De manera que con estos doce *frutos* del árbol de vida, se cierra la puerta a todo desorden del alma, y quien está en gracia, debe vivir tan ordenadamente que en nada desdiga de la santidad del Espíritu Santo, que habita en él y le vivifica.

Pondérelos despacio el cristiano; mire si es su huésped el Espíritu Divino, que por sus obras lo podrá conjeturar. Mire qué *caridad* tiene con Dios; si ha puesto en Él todo su amor; si en Él tiene todo su contento y *gozo,* no gozándose de otra criatura; si en Dios tiene su *paz;* si hay cosa de la tierra que le turbe y pueda apartar del contento y deseo que en servir a su Criador tiene. Considere si en los males y adversidades que le suceden, tiene *paciencia* y sufrimiento, imitando a su Redentor; si en todo tiene *longanimidad,* conformándose en cualquier cosa con la voluntad divina, teniendo en todas las cosas y movimientos del corazón pureza de intención, no queriendo para sí otra cosa sino el beneplácito divino.

Mire cómo se ha con sus prójimos, qué caridad y entrañas de *misericordia* tiene para con ellos, si los mete dentro de su corazón, y ama verdaderamente; considere con qué gusto y *benignidad* les hace bien y favorece en lo que puede, no quedándose su amor dentro del corazón, sino saliendo a las obras; si no solamente les hace bien con benignidad, sino que les sufre con *mansedumbre* los males que le hicieren, callando en las injurias, no murmurando, ni quejándose de ellos, ni airándose contra sus sinrazones; si se les guarda fe y trata con ellos con *lealtad,* sin engaño, ni doblez, ni malicia.

Mire también cómo se ha con sus pasiones y obras y en todas las demás cosas; qué *modestia* en sus acciones, qué circunspección en sus pa-

labras, qué templanza en su persona, qué *continencia* y *castidad* en su cuerpo y en sus deseos, qué mortificación de sus pasiones. Porque en todo ha de estar ordenado, y vivir como quien tiene al Espíritu Santo en su pecho.

En este espejo se miren los fieles siervos de Cristo; aspiren a este ejemplar todos los que se han confesado, anden en espíritu y lleven sus doce frutos; no vivan ya para sí sino para Dios, y como los que viven con el Espíritu de Dios, y Dios vive en ellos.

CAPITULO 7

EL QUE ESTÁ EN GRACIA HA DE EJECUTAR LAS OBRAS HEROICAS DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS

§ 1

Es tan divina la grandeza de la gracia, y debe ser tan perfecta la vida que la ha de responder, que no sólo se enriquece y fortalece para esto el alma santa con las virtudes infusas para que obre los doce frutos del Espíritu Santo de que acabamos de tratar, sino que también la adornan con los dones del mismo divino Espíritu para que obre las bienaventuranzas con que dió principio el Hijo de Dios a la ley de la gracia, y encomendó particularmente a sus discípulos.

Esta diferencia señala Santo Tomás (1) entre los frutos del Espíritu Santo y las bienaventuranzas: que éstas son también frutos del Espíritu Santo, pero añaden más, el ser obras más excelentes, y tales, que piden mayor principio que los frutos; de manera que procedan de los dones del Espíritu Santo y no sólo de las virtudes

(1) 1, 2, q. 70, art. 2.

infusas. Pues como a la gracia se den principios y facultades para obras las más excelentes, y los supremos principios sean los dones del Espíritu Santo; debe, el que está en gracia, no tener en balde tantas riquezas y fuerzas divinas, sino emplearlas bien, aspirando a las obras heroicas de las ocho bienaventuranzas, para alcanzar en esta vida la bienaventuranza que puede caber en ella. Por lo cual las declararemos ahora brevemente, conforme a lo que enseña Santo Tomás (2).

Con mucha razón y conveniencia son ocho las bienaventuranzas a que debe aspirar el justo, obrando por los dones del Espíritu Santo con que está enriquecido.

Para cuyo entendimiento se ha de presuponer que se llaman *bienaventuranzas* ocho actos de virtudes heroicas que señaló Cristo, por ser tan sublimes, que en esta vida son causa de grande y verdadera felicidad, y porque aseguran la esperanza de la perfecta bienaventuranza en el cielo.

También se debe advertir que los filósofos antiguos señalaron tres maneras de bienaventuranza: unos la pusieron en la vida *deliciosa*, otros en la vida *activa*, otros en la *contemplativa*. Estas tres bienaventuranzas de *los filósofos* tienen diferentes respectos a las bienaventuranzas de que habla Cristo en el Evangelio. La bienaventuranza *deliciosa*, que señalaron algunos *epicúreos*, es falsa y contraria a la razón, y de grande impedimento para la bienaventuranza del cielo.—La bienaventuranza de la vida *activa*, que señalaron los *estoicos*, constituyéndola en obras de virtud, no se puede negar sino que es buena disposición para la verdadera bienaventuranza, la cual se ha de alcanzar por obras virtuosas.—La bienaventuranza de la vida *contemplativa*, que pu-

(2) 1, 2, q. 96, art. 3.

sieron *los peripatéticos*, cuando es sobrenatural, es ya como primicias y principio de la perfecta bienaventuranza de la gloria.

Supuesto esto, con gran sabiduría señaló Cristo nuestro Redentor aquellos ocho actos de virtudes que llamamos bienaventuranzas, para asegurarnos con ellos la verdadera, perfecta y eterna bienaventuranza.

1. Porque lo primero señaló aquellas bienaventuranzas que nos quitan el impedimento que pone la falsa bienaventuranza de la vida *deliciosa*. Porque esta vida deliciosa consiste, lo primero, por razón de la abundancia de los bienes exteriores, ora sean riquezas, ora sean honras: que aunque es verdad que para apartar al hombre de estas cosas, haciéndole que use de ellas ordenadamente, hay virtudes a propósito, como la templanza, modestia, liberalidad, justicia y otras; pero porque la dignidad de la gracia pide que se haga esto heroicamente, despreciándose todos estos bienes, no por parte, sino totalmente, obran esto los justos que quieren obrar según la alteza de la gracia, no por *virtud* solamente, sino con un *don* del Epíritu Santo que les hace dejar y despreciar todos los bienes de la tierra, con que quitan perfectamente el impedimento que ponen los deleites y bienes temporales: y así, pronunció Cristo la primera bienaventuranza, diciendo (*Mt.*, 5): *Bienaventurados los pobres de espíritu*; los cuales son los que desprecian honras y riquezas, que son los instrumentos e incentivos de los deleites.

Consiste, lo segundo, la vida *deliciosa*, en condescender con el apetito en las pasiones propias, así de la concupiscencia como de la irascible. Pues para ahogar a esta totalidad, añadió luego Cristo nuestro Redentor: *Bienaventurados los blandos*, que son los que no sólo por la *virtud* de la mansedumbre refrenan la ira, sino por un *don* divino que la mata y oprime aun antes de nacer,

que es una total mortificación de esta pasión, con que más se puede decir que la consumen, que la reprimen. Después de la irascible, para apartar al hombre de sus deseos y concupiscencias, declaró Cristo por *Bienaventurados los que lloran*: que son aquellos, que no sólo por la *virtud* de la templanza moderan los deleites y su apetito, sino que también por un *don* divinísimo del Espíritu Santo, totalmente los renuncian y no quieren tener parte de ellos; antes buscan la vida austera, usan de mortificaciones, y se afligen, queriendo en esta vida llorar, antes que deleitarse en sus bienes.

Con estas tres primeras bienaventuranzas de *los pobres de espíritu*, de *los blandos* y de *los que lloran*, se cierra la puerta a la falsa bienaventuranza de la vida *deliciosa*, que lleva al infierno y es indigna de los hijos de Dios.

2. Lleguemos a la vida *activa*, la cual consiste principalmente en el modo con que nos habemos con los prójimos, así en lo que por derecho les debemos, como en lo que por beneficio les concedemos.

Para lo primero dispone la *virtud* de la justicia; pero porque los hijos de Dios que están en gracia, han de obrar más heroicamente, conforme a su estado divino, movidos por un *don* del Espíritu Santo, señaló Cristo por *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia*. No dijo solamente los que guardan justicia con sus prójimos, porque quiere afecto más abundante y ardiente en los suyos; de manera, que no sólo cumplan lo que es justo, sino con grande fervor, y voluntad, que no puedan sosegar hasta satisfacer a sus hermanos, como un hambriento y sediento desea la comida y bebida.

Para lo segundo, que es el hacer bien graciosamente, hay entre las *virtudes* morales la liberalidad, que enseña lo que se ha de dar, y cómo y a quién se ha de dar, repartiendo dones a los

amigos y allegados; pero porque quiere Cristo que los que están en gracia hagan bien más aventajadamente, gobernados por el Espíritu Santo, que con sus *dones* les mueva a dar sin considerar la persona, sino la necesidad, y sin mirar al hombre, sino por reverencia a Dios, por eso pronunció en quinto lugar por *Bienaventurados los misericordiosos*, que son los que no miran más que la necesidad y a Dios, por lo cual aun a los enemigos hacen bien. Esto es lo que toca a la vida activa.

3. Llegando a tratar de la *contemplativa*, dice Santo Tomás, que las cosas que pertenecen a esta vida, o es la bienaventuranza eterna o algún principio de ella; y así no se ponen entre las bienaventuranzas como méritos, sino como premios; pero pónense como méritos los efectos de la vida activa con que se dispone uno a la vida contemplativa. Pues los efectos de la vida activa, cuanto a las virtudes infusas y dones con que el hombre se perfecciona en sí mismo, es la limpieza de corazón; de manera, que el alma santa no contamine su pureza con las pasiones. Y así, dijo Cristo en sexto lugar: *Bienaventurados los limpios de corazón*. Cuanto a las virtudes y dones con que se perfecciona uno en orden al prójimo, el efecto de la vida activa es la paz, conforme a aquello de Isaías (32, 17): *La obra de la justicia es paz*; y así se pronuncia la séptima bienaventuranza: *Bienaventurados los pacíficos*.

La octava bienaventuranza es la firmeza de todas las demás, como dice el Angélico Doctor (3). Porque ha de tener el que está en gracia, tan entrañado en el corazón el servicio divino y cumplimiento de todas las obras de virtud, de los frutos del Espíritu Santo y de las bienaventuranzas, que dé mil vidas y sufra todas las persecuciones del mundo antes que faltar un punto a sus obligaciones; y esta firmeza es grande bien-

(3) 1, 2, q. 96, art. 4.

aventuranza de esta vida, y firmísima esperanza de la otra, y procede de un grande amor de Dios y perfección de vida, gobernada del Espíritu Santo con sus *dones* divinos.

Con estas ocho bienaventuranzas ha de procurar autorizar su estado soberano y vida sobrenatural quien ha subido por la gracia a ensalzarse sobre la naturaleza. Ha de despreciar todos los bienes de la tierra, todas las honras del mundo, todo el gusto y deleite del sentido, sin tener impedimento para hacer obras de hijo de Dios y servir a su Padre celestial, abrazándose con la perfecta imitación del Hijo de Dios en verdadera humildad y *pobreza de espíritu*, sin tener pegado el corazón a criatura alguna. Las pasiones desordenadas ha de procurar tener, no sólo mortificadas, sino muertas, no permitiendo en sí aun los primeros ímpetus de *ira*. Los deleites del sentido y gustos del mundo ha de aborrecer de manera que le sean tormento. La risa y la alegría mundana se ha de haber acabado para él, y suceder la penitencia y *llanto* de sus pecados.

El cumplimiento de sus obligaciones ha de ser eficaz y ardiente, con perpetua *sed y ansias* de satisfacer a ellas. Ha de hacer bien a todos con entrañas de *misericordioso* padre, mirando en todos a Dios, reverenciándole y sirviéndole. La conciencia ha de tener tan *limpia* como tiene hermosa su alma, sin sufrir en su corazón mancha que le haya echado afición de alguna criatura. No se ha de turbar por nada; no ha de estar pendiente su paz de otra cosa que de su corazón; tan lejos de turbarse en sí, que ha de *sosegar* a otros queriendo a sólo Dios; y reputando todas las demás cosas por lo que son, no podrán llegar a alterarle y descomponerle; tan constante en sus buenos propósitos y en el trato y unión con su Criador únicamente, que, aunque *se arme* contra él todo el mundo, no le derribarán de su servicio.

Conjúrense todas las criaturas, levántense todos los tiranos, despliegue el infierno sus banderas, amontónense contra él males, injurias, contumelias, azotes, persecuciones, muertes: no harán contra su firmeza todas estas cosas más mella que para labrarle mayor corona. En medio de tantas miserias será dichoso; entre tantos males será bienaventurado, y no hará todo

más que clavarle más y unirle con Dios, y reconcentrar su alma con el Espíritu Santo que tiene dentro de sí. No anda en el servicio divino por camino bajo y de rodeos; por lo sumo va, y por el camino más derecho y más breve para el cielo; quiere asegurar su reino, a que tiene tanto derecho.

Verdad es que estas obras son sobre todas las fuerzas humanas y sobre toda la naturaleza; pero el que está en gracia no se queda en la naturaleza, sino que se levanta sobre ella a un orden divino y sobrenatural, y así debe obrar divina y sobrenaturalmente. Para lo cual recibe virtudes sobrenaturales y los dones del Espíritu Santo, y ha de animarse para lograr tanto aparato como tiene para obrar heroicamente conforme a su dignidad.

§ 2

Premios de estas obras heroicas.

Son tales los premios que prometió Jesucristo a las obras de las bienaventuranzas, y tan proporcionados a cada una para dar más que lo que por el camino contrario pretenden los hombres, que lo mismo que inclina a los del mundo para apartarse de ellas, les había de mover más eficazmente para cumplirlas. Esta es la providencia de Dios, que lo que buscan los hombres por sus vicios, no lo pueden alcanzar tan cumplidamente, como los que están en gracia lo consiguen por las virtudes. Y así, con suma sabiduría señaló Cristo por premio de cada una de las bienaventuranzas, aquello mismo que por alcanzarlo no las quieren abrazar los pecadores.

La causa porque no quieren ser los hombres pobres de espíritu y humildes es por tener todo sobrado, por abundar en riquezas y honras: pues por eso prometió el Salvador del mundo la suma riqueza y honra a los verdaderos *pobres*, que dejan todas las cosas, prometiéndoles un reino en que se junta la mayor abundancia y la mayor

honra, y no reino como quiera, sino el reino de los cielos.

La causa porque no son mansos los hombres, y se enojan y enfurecen, es por señorearse de todo y asegurarse; por esto son las guerras y muertes y odios: por eso prometió el Señor a los blandos y *mansos* la posesión de la tierra, dando a entender que alcanzarán más por su blandura y mansedumbre, que los más feroces y airados por sus desafueros, que pierden con facilidad lo que con violencia consiguieron.

La causa porque se van los hombres tras los deleites y gustos, es por vivir en esta vida contentos y consolados; mas no hallarán de esto tanto como *los que lloran* sus pecados y se abstienen de gustos haciendo penitencia; por eso dijo Cristo, que *los que lloran serán consolados.*

La causa porque hacen los hombres injusticias, y toman o retienen lo ajeno, es porque no les falte lo necesario para la vida, o porque no se hartan de tener; mas no hallarán tanta satisfacción y abundancia como los que cumplen perfectamente sus obligaciones, y guardan justicia de tal manera que ni un punto quieren detener un pelo de lo ajeno; y así, Cristo señaló por premio de *los que* así *aman la justicia*, que no pueden sosegar hasta satisfacer a su hermano, que *serán hartos*, y tendrán abundancia.

La causa por que dejan algunos de hacer muchas obras de misericordia es, por no participar de las miserias; dejan de dar limosna al pobre por no hacerse ellos pobres; dejan de visitar al enfermo porque no se les pegue la enfermedad, y estén ellos enfermos; pero no conseguirán estar libres de estas miserias como lo harán los verdaderos *misericordiosos:* por eso les prometió Jesucristo, por premio de la misericordia humana, la misericordia divina, empeñándosela para que les prevenga no caigan en miserias, o si cayeren,

les saque; porque la misericordia que usaren con el prójimo, Dios la usará con ellos.

Quien dejó todo lo que tiene, consigue más que lo que tiene un rey. ¿Qué ferocidad ha habido, que alcance tan segura posesión de una provincia, como se dice que *poseerán la tierra* con su blandura *los mansos?* ¿Qué apetito desenfrenado hay, que alcance la suavidad y consolación de los devotos penitentes y lloradores de sus pecados? Yerran los pecadores el camino de sus deseos; no los alcanzarán tanto por sus vicios, como los que están en gracia por sus virtudes y los consejos de Jesus.

Los premios de las tres últimas bienaventuranzas también son muy proporcionados con ellas. Promete Cristo a los *limpios de corazón* que *veran a Dios*; porque así como los ojos limpios y claros son más a propósito para ver, así el corazón limpio está a propósito para que se le manifieste Dios. Estar en paz consigo, sin dependencia de criatura, es muy propio de Dios, que esencialmente es independiente de otro. También el hacer paces es propio del Hijo de Dios, que pacificó los hombres con los ángeles y con Dios, y reconcilió la tierra con el cielo, lo ínfimo con lo sumo; por esto se promete a *los pacíficos* que *seran hijos de Dios*, porque se parecen a Dios, y hacen el oficio de su Hijo Cristo Jesus. La octava bienaventuranza, así como es la firmeza de las demás bienaventuranzas, así se le deben los premios de todas, como nota Santo Tomás, y por eso, dice, se declara en ella el premio de la primera, volviendo de la última al principio, para dar a entender, que consiguientemente se le atribuyen los premios de las demás que se siguen.

Estos premios de las bienaventuranzas, se perfeccionan y cumplen en el cielo en la bienaventuranza eterna, donde todas estas cosas son una misma cosa, que contiene todos los bienes. Todo esto puede tener por las bienaventuranzas quien

está en gracia. En esta vida lo tendrá de la manera que en ella puede ser, y en la otra cumplidísimamente; de manera, que tendrá dos vidas bienaventuradas, una en la tierra, otra en el cielo.

CAPITULO 8

EL QUE ESTÁ EN GRACIA SE DEBE EMPLEAR PRINCIPALMENTE EN AMAR A DIOS

§ 1

Cuál ha de ser el amor a Dios.

Porque a todas las ocho bienaventuranzas da vida e informa la caridad, sin la cual nadie se puede llamar bienaventurado, sino desdichado; y porque la caridad es el movimiento más principal y connatural a la gracia, y al que tiene el hábito de caridad es tan proporcionado el amar actualmente a Dios como al ave volar; y también porque la suprema bienaventuranza de esta vida consiste en la caridad, trataremos otra vez de esta nobilísima virtud, que ha de ser la que principalmente ha de guardar y conservar quien una vez ha adquirido la gracia. Por eso dijo San Juan que *quien permanece en caridad, permanece en Dios*; esto es, en gracia, y *Dios está en él* por la misma gracia; para que entienda uno que con verdadero dolor se ha confesado, que lo que ha de hacer de allí adelante es sólo amar más y más a su Criador, empleándose todo en ardiente caridad. Así lo encargó el mismo Dios al alma que está en gracia, diciéndola (*Cant.*, 8, 6) que le pusiese *como sello sobre su corazón y sobre su brazo*; porque no había de hacer otra cosa de allí adelante sino amarle con el corazón y con todas

sus fuerzas y obras, que se significan por el brazo, teniendo sellada su alma y cerradas sus potencias, para no salir fuera de sí a amar otra criatura. Que es lo mismo que nos intima aquel máximo mandato (*Lc.*, 10): *Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todas tus mentes.*

Aquí tiene en breves palabras declarado quien ha nacido por la gracia a vida divina, y héchose una nueva criatura, qué operación y propiedad principal ha de tener. Una caridad total y fortísima, ha de ser la inclinación del nuevo hombre y celestial. Esta ha de ser la pasión de la nueva y soberana criatura. Porque así como la gracia es la más divina forma que recibe el alma, así ha de tener la más divina y excelente y fuerte inclinación y movimiento de todas las criaturas, que es la caridad. Por eso dijo Salomón (*Cant.*, 8, 6) que *el amor* de Dios *es firme como la muerte*, y le compara al fuego, que es la fuerza más activa, y el elemento más noble de todos.

Ha de amar a Dios interior y exteriormente, todo cuanto le sea posible. No hay en esto límite; por eso se dice que le ha de amar *con toda el alma, todo el entendimiento, todo el corazón, todas sus fuerzas*; esto es, con todas sus potencias interiores y exteriores, espirituales, animales, vitales y corporales. Ha de amar a Dios todo el corazón; porque no ha de haber cosa en que no busque a Dios, sin tener deseo de otra cosa si no es de Dios o por Dios, teniendo acrisolada su intención; de manera, que única y totalmente esté en Él, viviendo a Él solo, y muriendo a todo lo demás. Porque *es fuerte como la muerte el amor*, y *su emulación* amorosa *es dura* y constante *como el sepulcro*. Porque así como la muerte y la sepultura acaba y consume todo lo que hay en un hombre, si no es su espíritu, que le deja puro, sin mezcla de carne ni sentido; así la caridad fina consume todo otro afecto, si no es el espi-

ritual y divino, de amar y buscar únicamente a Dios.

Por lo cual dice San Gregorio (1): Lo que la muerte hace en los sentidos del cuerpo, eso hace el amor en las concupiscencias del alma. Hay algunos que de tal manera aman a Dios, que desprecian todo lo sensible; y mientras en su intención miran lo eterno, se hacen insensibles para todo lo temporal. Pues en éstos *es el amor fuerte como la muerte*; porque así como la muerte mata a todos los sentidos del cuerpo, y los priva de su propio y natural apetito, así también el amor en tales personas, les fuerza a menospreciar todo deseo terreno, teniendo ocupada el alma en otra cosa a que atiende. A estos tales muertos y vivos, decía el Apóstol: *Muertos sois, y vuestra vida está escondida con Cristo*. Pues muerto el hombre a sí mismo, ha de vivir sólo para amar a Dios, y ha de amarle con todo corazón y alma, porque ha de estar Dios tan entrañado en lo íntimo del alma, que con todas sus potencias y afectos le ame; con la memoria para acordarse de él, con el entendimiento para contemplarle y admirarle, y con la voluntad para abrazarle con todos sus afectos.

En todas sus potencias ha de estar su Amado, sin cerrarle la puerta de alguna. Porque si un poderoso rey hiciese favor a un pobre hombre de entrar en su casilla, donde no tuviese sino tres o cuatro aposentos, no fuera razón que quisiese recibir a tan gran huésped en sólo el rincón de una sala pequeña, sino todos los aposentos los procurara aderezar y tendría abiertos, y dejara el paso y entrada libre para todos, porque todo fuera poco, respecto de tan gran majestad. De la misma manera el que ama a Dios, no sólo le ha de recibir en un aposento de su alma, sino en su memoria, y en su entendimiento, y en su vo-

---

(1) In Cant., cap. 8.

luntad; en todos ha de hospedar al Señor del mundo y Criador suyo.

No sólo una pasión de amor. sino todas, el gozo, la alegría, el deseo y todos los demás afectos, ha de ocupar en Dios y por Dios. A Dios ha de amar, de Dios sólo se ha de gozar, con Dios se ha de alegrar, a Dios ha de desear. Inmenso es Dios, mayor es que nuestro corazón, y todos sus afectos no igualan a sola la Bondad divina; y así, debe ensancharse el alma y dilatarse con los deseos, amándole cuanto se puede desear y deseándole amar más que puede amarle. La amabilidad de Dios es en sí infinita, su beneficencia inmensa, su liberalidad sin medida ni tasa; no puede haber en nosotros amor proporcionado, ni el agradecimiento justo, ni correspondencia igual. Los deseos han de procurar salir a la demanda, y suplir con ansias lo que falta a la fuerza, amándole y deseándole amar, y no cesando de esta dulce ocupación de día y de noche. Así lo hacía el profeta Isaías (26, 8), que dice al Señor: *Tu nombre y memoria está en el deseo de mi alma; mi alma te deseó de noche; y con mi espíritu y de todas mis entrañas volaré a Ti por la mañana.* David dice, que deseaba a Dios, y *tenía sed de Él, como un ciervo sediento desea las aguas;* de puros deseos *no cesaba de llorar de día y de noche,* sustentándose *con pan de lágrimas.* Estos deseos agradan mucho a Dios, y por eso llamó el ángel a Daniel, *varón de deseos,* y con ellos alcanzó ser oído del cielo.

No son vanos estos santos deseos, como los de las demás cosas, que afligen mucho y no aprovechan nada; mas los deseos de Dios son eficaces, y se aceptan por obra; y así, las devotas ansias de servir más a Dios, de hacer y padecer más por Él, tan verdaderas pueden ser, que valgan por las mismas obras cuando no pueden ser; pero pudiendo ser, no habrá amor si no hay obras.

«El amor, dice San Gregorio (2), obra grandes cosas, si le hay; y si rehusa el obrar, no hay amor.» Las flores han de parar en frutos, y el árbol que no lleva frutos, aunque lleve flores, no se tiene por de provecho.

Por eso mandó Dios que no le ofreciesen miel, con ser licor tan suave, porque se hace de sólo flores y de ningún fruto; y a Dios no le agrada tanto la suavidad de los deseos, cuanto la dificultad que se siente en la obra. También porque la miel se hace de varias flores, y nuestros deseos no han de tener variedad; han de ser de Dios únicamente. No hará de sí digno sacrificio a Dios el alma que tuviere diversidad de deseos; no ha de andar *turbada*, como Marta, *sobre muchas cosas*. Esto detiene la ejecución del deseo divino que se ha de poner por obra. Del corazón ha de salir al brazo y a las manos; cosa que agrada mucho a Dios, como Él mismo dice: *Los amé en los entendimientos de sus manos*; esto es, de sus obras, porque pusieron en ejecución lo que pensaron y el afecto llegó a efecto.

Hase de servir a Dios, no sólo con la voluntad, sino con todas las fuerzas. Por esto se dice ser *fuerte el amor como la muerte*, porque no hay cosa más ejecutiva que la muerte, la cual es certísima; así también el verdadero amor ha de poner en ejecución sus deseos, y sus propósitos han de ser certísimos. No ha de haber estorbo que impida la ejecución de los santos deseos; no ha de haber agua que pueda apagar las llamas de la caridad, de manera que no se vea la luz de su fuego en las obras: ni la honra, ni la deshonra, ni el contento, ni el tormento, ni la hacienda, ni la necesidad, ni la muerte, ni la misma vida ha de ser parte para que dejemos de amar a Dios y obrar por Dios. Y así, se dice en los Cantares (8): *Si diere el hombre toda la substancia de su casa por el amor,*

---

(2) Homil. 30 in Evang.

como si fuese nada la despreciará. Nada es todo, respecto del amor de Dios; y por nada reputaba todo el apóstol San Pablo, por no verse apartado de la caridad de Dios. Cada uno debe formar en sí semejante resolución a la que tuvo San Pablo cuando decía (*Rom.*, 8): *Cierto estoy, que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni la fortaleza, ni la altura, ni lo profundo, ni otra criatura nos podrá apartar de la caridad de Dios.*

Considerando estas palabras del Apóstol, dice San Agustín (3): «Nadie nos podrá apartar de la caridad de Dios, amenazando la muerte; porque esto, que es amar a Dios, no puede morir, si no es cuando no le amamos, como sea la muerte no amar a Dios. Lo cual no es otra cosa, que anteponerle algún otro bien en amarle y seguirle. Tampoco podrá apartar alguien del amor de Dios, prometiendo la vida; porque nadie apartará a otro de la fuente, prometiéndole agua. Tampoco apartará algún ángel, porque cuando nos unimos a Dios, no es más poderoso el ángel que nuestra alma. Tampoco apartará alguna virtud, porque si esta virtud que nombra el Apóstol tiene alguna potestad en este mundo, el alma que está asida de Dios totalmente, es más sublime que todo el mundo: y si por virtud se entiende alguna afección buena de nuestro ánimo, si está en otros nos ayuda para llegarnos a Dios, y si está en nosotros nos allega. Tampoco apartarán las molestias presentes, porque entonces las sentimos más ligeras, cuanto más estrechamente nos juntamos con Aquel de donde tratan de apartarnos. Tampoco apartará alguna promesa de las cosas futuras, porque todo bien futuro más ciertamente le promete Dios, y no hay cosa mejor que Dios, el cual ya está presente a aquellos que se llegan bien a Él. Tampoco apartará lo alto ni

(3) Aug., *De Mor. Eccles. Cath.*, lib. 1, cap. 11.

lo profundo, porque si estas palabras significan la alteza o profundidad de la ciencia, no seré yo curioso por no apartarme de Dios, ni me apartará de Él la doctrina de alguno que me quiera sacar de error, porque nadie puede errar sino apartado de Dios. Y si por lo alto y profundo se entienden las cosas soberanas o infernales de este mundo, ¿quién me prometerá el cielo porque me aparte del Criador del cielo? ¿O qué infierno me aterrará para dejar a Dios, al cual si nunca hubiera dejado, no supiera qué era infierno? Finalmente, ¿qué lugar me apartará de la caridad de Aquel que no estuviera en todas partes, si estuviera comprendido en un lugar?» Esto es de San Agustín, en que muestra cómo es imposible apartarnos de la caridad, si nosotros no queremos.

Es la caridad propia pasión de la gracia. Caridad es la ocupación de los hijos de Dios; es la acción más propia de las nuevas criaturas en Jesucristo; y las propias pasiones nadie las puede apartar de su sujeto. ¿Quién podrá quitar al cisne su blancura? De la misma manera, no hay poder criado que, no queriendo el justo, le pueda quitar la caridad. Y si uno no se quiere apartar de la caridad de Dios, no se aparte de obrar por Dios; porque obras son amores, y no buenas razones.

Esta ocupación de amar a Dios y obrar por Dios, la hemos de mirar, no sólo como acción propia del que está en gracia, como lo es del ave volar, del ciervo correr, del hombre discurrir; sino como aquella acción en que consiste la bienaventuranza de esta vida; porque como dicen los filósofos y teólogos, la bienaventuranza ha de consistir en alguna acción propia del bienaventurado. Pues la acción en que con todo rigor y propiedad consiste la bienaventuranza de esta vida, es el amor de Dios. Este amor con efecto y con obras, ha de ser nuestra propia pasión, nuestra

felicidad, nuestra bienaventuranza, y así nunca, nunca nos hemos de apartar un punto de ella.

§ 2

Padecer mucho por Dios.

Ni sólo con las obras hemos de mostrar el amor que a Dios tenemos, sino con la paciencia, sufriendo mucho por Él. Y así, se dice en el Deuteronomio (4, 29): *Cuando buscares a tu Dios, le hallarás; pero si le buscares de todo corazón y con toda la tribulación de tu alma.*

A San Ignacio mártir, por el amor que tenía a Cristo, todo tormento le parecía poco, y así decía (4): «El fuego, la cruz, las bestias fieras, el quebrantamiento de los huesos y los demás tormentos vengan sobre mí, con tanto que goce de Jesucristo.»

Cuando el alma se convierte toda a Dios con amor, dice San Agustín (5), «no sólo no teme a la muerte, sino que la desea; y aunque le queda luego el batallar con los dolores, no hay cosa tan dura, ni tan de hierro, que no se venza con el fuego del amor, con el cual, cuando el alma es arrebatada para Dios, volará libre y admirable sobre todas las tribulaciones de esta vida, con unas alas hermosísimas y enterísimas, con las cuales el amor casto anhela a abrazarse con Dios. Si no es que digamos que Dios consiente que sean más fuertes los amadores del oro, los amadores de las alabanzas humanas, los amadores de mujeres, que no los que le aman a Él; siendo verdad que aquél no se debe llamar amor, sino más propiamente concupiscencia; en la cual con todo eso se descubre cuán grande es el ímpetu del alma para aquello que ama, para lo

(4) Hieron., *De Scriptor. Eccles.*
(5) *De Mor. Eccl.*, lib. 1, caps. 22, 23.

cual es arrebatada con una corriente infatigable, aunque fuese por inmensas dificultades. Lo cual es para nosotros argumento de cuántos trabajos hemos de sufrir por no dejar a Dios, si aquéllos sufren tantos por dejarle».

Propone también el mismo Santo el ejemplo de la madre de los Macabeos, diciendo: «Ruego que me digas qué se puede añadir a tan grande paciencia; pero ¿qué otra cosa se podía esperar, si el amor de Dios, que estaba concebido en las entrañas de su alma, resistía al tirano, al verdugo, al dolor, al cuerpo, al sexo flaco de mujer, y al afecto de los hijos?»

Con la paciencia se prueba el amor, y la hemos de tener para todos los trabajos y tormentos del mundo, no sólo porque gocemos nosotros de Jesucristo, sino porque otros gocen de Él. *Este es mi precepto,* dice el Hijo de Dios, *que os améis unos a otros como yo os amo. Nadie tiene mayor amor que cuando pone uno su vida por sus amigos.* Declarando esta sentencia del Salvador, San Crisóstomo dice: «Haga uno grandes beneficios, reparta dones, sea bienhechor en la prosperidad, ame a los que le corresponden; no se podrá comparar con aquel que recibe en sí las necesidades de los suyos, que se expone por ellos a peligros, y ofrece el cuerpo a la muerte para librarnos de la muerte y reservarlos vivos. Con las adversidades se prueba el amor; el afecto se tasa por los peligros; en las penas se examina la benevolencia; con la muerte se descubre la perfecta caridad.»

La victoria del amor no es ofender, sino padecer y sufrir hasta morir; y así, en la torre de David no había colgadas de ella armas ofensivas, sino defensivas. *Mil escudos* se dice que *pendían de ella,* para significarnos cómo el verdadero amante de Dios ha de padecer y recibir, como lo hace este género de armas, que nunca huye los golpes del contrario, antes los sale a recibir,

por guardar a su dueño; porque por guardar a solo Dios y su gracia en nosotros, hemos de sufrirlo todo y admitir cualquier golpe. La mejor condición de un escudo es ser fuerte para sufrir, y es una excelente cualidad del verdadero amor de Dios, sufrir mucho por Él. Por esto decía Santa Teresa (6): «Señor, dadme que os ame, que obre por Vos, y padezca o muera.» ¡Oh Señor mío! ¡Y quién lo hiciera así, como esta Santa deseaba!

Mas no sólo quisiera padecer o morir por Vos, sino morir y padecer, pues uno y otro hizo vuestro Unigénito por nosotros, que padeció y murió. Muera, Señor, por Vos, y viva padeciendo de tal modo, que sea vivir muriendo. Alárgueseme la muerte, y éste muriendo mucho tiempo por gozaros una eternidad.

No sólo hemos de padecer por Dios, sino padecer lo que sería más que morir, y no cansarnos de padecer ni morir por el que no se nos puede morir y nos ha da dar consuelo y vida eterna. Más alegre será la vida venidera, cuanto más dolorosa fuere la muerte de la presente. Mientras más durare el padecer, más suave será el gozar. Bien consoló San Cipriano a unos sacerdotes encarcelados por Cristo, diciéndoles (7): «A mayores altezas subís con la duración de vuestro padecer; con el alargarse mucho tiempo aumentáis vuestras glorias, no las excusáis. Tantas serán vuestras alabanzas, cuantos son los días. Cuantos meses corrieren, tantos serán los aumentos de vuestros merecimientos. Una vez vence el que presto padece; pero el que dura en las penas y lucha con el dolor sin ser vencido, cada día es coronado.» Luego añade: «Cuanto más larga es vuestra pelea, tanto es más sublime la corona; uno el batallar, pero equivalente a gran número de peleas.»

---

(6) Cap. 40 de su *Vida*.
(7) Epist. 16, alias lib. 2, epist. 4.

§ 3

Cualidades del amor a Dios.

Finalmente, el amor que deben tener a Dios los que han conseguido su gracia, ha de tener las condiciones y finezas de verdadero amor que señala Ricardo Victorino (8), que son, sea *inseparable, insuperable, insociable* e *insaciable.*

No ha de haber cosa que no se haga ni padezca por Dios. A toda dificultad ha de rendir; a todo tormento ha de vencer el cariño y afición que a nuestro Criador y Redentor se debe: que esto es ser el amor *insuperable.*

Fuera de esto, ni por un punto hemos de apartar voluntariamente ni el pensamiento ni el corazón de Dios, ni la memoria se ha de olvidar de Él, ni la voluntad de amarle y desearle; criatura ninguna nos ha de apartar de tanto bien: esto es ser *inseparable.*

Demás de esto, no ha de haber cosa en nuestro corazón que haga punta a Dios; no ha de haber en nuestra voluntad cosa que se ponga al lado del sumo Bien; únicamente se ha de amar quien siendo Uno es Todo; no es razón que en compañía del amor divino entre otro afecto humano; todos los afectos criados, todos los corazones humanos, todas las voluntades de los ángeles no pueden amar tanto como hay que amar en sola una perfección divina; pues ¿cómo podemos quitar parte de nuestro corazón, para repartirle entre Dios y la criatura? Si tuviéramos todos los corazones del mundo, no pudiéramos amar a Dios como merece; ¿cómo queremos cumplir, no amándole aun con un solo corazón entero? A Dios, que es todo, hemos de amar, y a nada de todo, más: esto es tener amor a Dios singular e *insociable.*

---

(8) Vide supr., lib. 2, cap. 8.

Ultimamente, como sobre en Dios infinitamente más amabilidad que hay amor en nosotros, no nos hemos de satisfacer ni hartar de amarle con el alma, con el entendimiento, con la voluntad, con todos los afectos del corazón, con todos los sentidos del cuerpo, con todas las fuerzas del alma y cuerpo; con todas las potencias espirituales y corporales le hemos de amar; y no bastara todo, aunque le amáramos con todo el amor e inclinaciones de todas las criaturas: y así, le hemos de amar *insaciablemente.*

Con estas condiciones llega el alma a transformarse por afecto en divina, y la que por la naturaleza de la gracia estaba divinizada, por sus afectos también se endiosa, cuanto toda la intención e inclinación de la voluntad es divina. Con razón exclama San Bernardo (9): «¡Oh amor santo y casto! ¡Oh dulce y suave afecto! ¡Oh pura intención de la voluntad! Tanto más pura, cuanto en ella no ha quedado nada propio; tanto más suave y dulce, cuanto todo es divino lo que se siente. Estar así dispuesto es deificarse; de la manera que una gota pequeñita de agua echada en el vino, parece que falta en sí toda, pues toma el sabor del vino y el color; y de la manera que el hierro encendido y hecho ascua es muy semejante al fuego, desnudándose de su antigua y propia forma; y como el aire bañado de luz se transforma en la claridad de la luz, de tal manera que no tanto parece ilustrado sino la misma luz; así es menester que todo afecto humano se resuelva y deshaga de sí mismo en los varones santos, y se transfunda totalmente en la voluntad divina.» Esto es de San Bernardo, que nos propone el blanco y suma de amor a que hemos de aspirar.

Procure con humildad el que es hijo de Dios por gracia anhelar a tanto bien, y corra para

(9) Lib. *De diligendo Deo.*

alcanzar la perfección de la caridad. «Corramos a esto, dice San Agustín (10), para alcanzarlo; corramos corriendo; corramos esperando y deseando; corramos castigando al cuerpo; corramos haciendo con alegría y corazón limosnas, dando bienes y perdonando males; corramos orando para ayudar las fuerzas de los que corren, y de esta manera oigamos los preceptos de la perfección. No nos descuidemos en correr a la plenitud de la caridad.»

CAPITULO 9

LOS QUE ESTÁN EN GRACIA HAN DE AMAR A DIOS INTENSAMENTE, CON TODO FERVOR Y DILIGENCIA.—ENCÁRGASE AQUEL DICHO DEL APÓSTOL: «NADIE FALTE A LA GRACIA DE DIOS.»

§ 1

Obrar según todo el caudal de la gracia.

Antes de pasar de aquí quiero advertir una doctrina de Santo Tomás, que nos ha de ayudar mucho a ser muy fervorosos, obrando siempre según todo el caudal de caridad y gracia que tenemos. Porque así como la caridad es el movimiento purísimo del alma que está en gracia, así también debe tener este divino movimiento toda *intensión*, y obrar excelentemente según toda la potencia y facultad del hábito de gracia y caridad que tiene, no dejando en sí virtud que no la emplee. Y esto sería amar a Dios, por un modo maravilloso, con toda virtud y fuerzas, como se nos encarga en el precepto de amor. Porque en dejarlo de hacer así podremos perder

(10) Lib. *De perfect. institutione,* resp. 6.

mucho, principalmente según la sentencia de Santo Tomás, que dice, que con los actos que no son fervorosos, sino remisos, no se adquiere luego la gracia que por ellos se merece, sino cuando se obra con actos fervorosos.

Dice el Santo (1): «No se halla en cualquier acto meritorio la condición que es menester para conseguir el aumento de la caridad, sino solamente en aquel acto, en el cual se aprovecha uno de toda la gracia que ha recibido, según la proporción de sus fuerzas; de manera que por negligencia no falte en cosa alguna a la gracia de Dios.»

Siguiendo este sentencia del Angélico Doctor, el devoto teólogo Padre Diego Granados, con otros muchos doctores (2), concluye, que si bien con cualquier acto de caridad, por pequeño que sea, se merece gracia, pero que esa gracia no se la dan luego al que obra, sino cuando llega a hacer un acto tan intenso y fervoroso, que iguale y sobrepuje al hábito de gracia y caridad que tenía; en lo cual va a decir mucho, como luego anotaré. De suerte, que hasta que obre según toda la facultad que tiene, y la emplee enteramente, no le darán más.

Si esto es así, nos ha de hacer andar muy fervorosos para obrar siempre intensamente y amar a Dios con todas nuestras fuerzas, porque puede ir mucho en recibir un grado de gracia mayor antes o después. Porque, como hemos dicho más largamente (3), gravísimos teólogos enseñan, que cuanta más gracia tiene actualmente uno cuando obra, tanto más valor da a las buenas obras que hace, aunque sean iguales en lo demás con las de otros; de suerte, que uno que obrase una misma obra, cuando tiene ocho gra-

---

(1) In 2, d. 29, q. 1, art. 5, ad 2.

(2) Granados. in 2, 2, controvers. 3. *De Char.*, tract 3, desp. 11, sect. 1.—Durand., Cayet., Ricard., Conradus.

(3) Lib. 3, cap. 9.

dos de gracia, o cuando tiene dieciséis, merece con aquella obra, aunque sea en sí igual, mayor gracia cuando tiene dieciséis grados que cuando tiene ocho.

Supuesto esto, ¿quién no ve aquí el interés que puede ir en recibir un aumento de gracia un mes antes o después, y aun un día más presto? Porque todas las obras buenas que hace en aquel tiempo que hay hasta que le den la gracia aumentada, van más diminutas y menos dignas; pero si le dieran antes el aumento de la gracia, fueran más crecidas y dignas. Y como es cosa de tan incomparable estima un adarme y un átomo más de gracia, cualquier cosa en que se pueda granjear más de ella y no perder un punto, es de grande consideración; y más, pues en este caso podrá suceder ir gran cantidad de más o menos gracia.

Bien veo que las sentencias que en este capítulo suponemos, no son generales y comunes de todos los teólogos, ni yo disputo ahora de su certidumbre; pero porque son de gravísimos doctores, y muy fundadas y probables, las he referido; porque basta esto para hacer al que conoce la grandeza de la gracia, que ande solícito y fervoroso, pues no es cierto lo contrario.

Anímense, pues, los siervos de Cristo, y crezcan de mil en mil; obren siempre intensamente; logren enteros los talentos recibidos para que se doblen; empleen todo su caudal; no falten en nada a la gracia de Dios; no dejen ociosa virtud de su alma; merezcan con toda diligencia más gracia y más; siempre agraden a su Redentor todo lo posible; amen a Dios, como Él merece y lo encarga, con todo el corazón, con toda el alma, con todo el entendimiento, con todas las fuerzas, con toda su virtud, que todo es poco.

§ 2

Nadie falte a la gracia.

Para esto debemos considerar mucho un consejo del Apóstol San Pablo, que él mismo nos encarga lo consideremos, y es éste (*Hebr.*, 12): *Nadie falte a la gracia de Dios.* Breve sentencia, pero que significa muchas. Nadie falte de estar en gracia; nadie falte de procurar la gracia; nadie falte de la gracia; nadie falte a la gracia; a nadie le falte igualar a la gracia en sus obras y afectos, obrando intensa y fervorosamente, según la gracia recibida. A este fervor nos exhorta el mismo Apóstol, cuando mandó que atendiésemos a la sentencia referida, porque en las palabras antecedentes había dicho: *Levantad las manos caídas y remisas y las rodillas descoyuntadas; haced con vuestros pies los pasos derechos para que no yerre alguno cojeando.* Cojear es andar con desigualdad; en lo cual se significa que no ha de haber remisión, negligencia, ni cansancio, ni desigualdad, no correspondiendo a la gracia ni igualando su intención. Fervor es menester, no faltando a las inspiraciones de Dios, sino cooperando con la gracia, de tal manera, que igualen nuestros actos de virtud a su llamamiento y dignidad.

Dice San Bernardo (4): «Todos nos quejamos que nos falta gracia, pero con más justicia se queja la misma gracia.» No hemos nosotros de faltar a ella con nuestra remisión y tibieza, porque no se guarda bien sino con fervor y diligencia. Pónenos Dios en el estado de gracia como en un paraíso ameno y deleitable, pero no es para estar holgazanes. A Adán puso en el paraíso terrenal *para que obrase y le guardase*; no dijo sólo para que le guardase, ni dijo primero que le guardase, sino *para que obrase*; luego se añade: *Y le guardase*; porque para guardar la gracia hemos de obrar y no ser remisos. Con esto perseverará la gracia, si nosotros perseveramos en el fervor de santas obras, no dejándola baldía ni sobrada, sino llenando y cumpliendo su virtud y llamamiento, imitando al Apóstol San Pablo, que dijo de sí (1 *Cor.*, 15):

(4) Serm. *De Triplici custodia.*

La gracia de Dios no estuvo baldía en mí, pero trabajé más abundantemente que todos. Y para no estar en alguno *vacía* la gracia, ha de procurar obrar mejor que nadie. No hemos de dejar partecita de gracia baldía que no la logremos. No hemos de despreciar nada, como el mismo Apóstol nos aconseja. En una parte dice: *Mirad que no recibáis la gracia en vano.* Y recíbese *en vano* y en balde, cuando no se obra con ella ni conforme a ella. Dícese que se recibe *en vano* cuando no hay obras, porque se pierde luego, y es como si no se recibiese. No quiere estar ociosa la gracia, o como habla el Apóstol, vacía.

Esta diligencia encarga también el Apóstol cuando escribe a su discípulo: *No quieras despreciar la gracia de Dios que está en ti.* Tanto se desprecia de la gracia, cuanto no nos aprovechamos de ella; y tanto no nos aprovechamos, cuanto pudiéramos obrar con ella y no lo hacemos. Esto le pareció al Apóstol un grande agravio de Dios y de este singular beneficio. «Por ventura, dice San Bernardo (5), ¿no se ha de reputar por perdido lo que se ha dado al desagradecido? Conviene, pues, que sea el hombre agradecido y devoto; que desee, no sólo guardar los dones recibidos de la gracia, sino multiplicarlos.»

Estas ansias hemos de tener de multiplicar nuestro talento; con eso lo guardaremos. Como un diligente mercader no deja estar ocioso su caudal, sino que busca siempre nuevas ganancias y con una granjea otra; así nosotros ni una partecita de gracia dejemos baldía, sino procuremos con las gracias recibidas recibir otras nuevas, y que se cumpla en nosotros lo que dijo Fausto, monje: «La gracia nace de gracia; los aprovechamientos sirven a los aprovechamientos; las ganancias, a las ganancias, y los méritos hacen lugar a los méritos, para que cuanto más uno hubiere comenzado a adquirir, tanto más forceje para adquirir; y cuanto más avarientamente ha cogido de los bienes de la sabiduría, tanto más desee recoger; como la misma Sabiduría dice de sí: *Los que me comen, aún tendrán hambre.*»

---

(5) Serm. *De Septem miser.*

CAPITULO 10

EL QUE ESTÁ EN GRACIA, PARA CONSERVARSE EN ELLA DEBE SUSTENTARSE DE LA FE

§ 1

Gobernarse por la fe.

Así como por el estado de la gracia, sobrenatural y divino, debe tener el que le tiene el movimiento más divino y acción más soberana que hay, que es la caridad; así también debe guiarse por el conocimiento más cierto y sobrenatural de esta vida, que es la fe, como nos advirtió el profeta Abacuc (2, 4), cuando dijo, que *el justo vive de fe.* La cual sentencia es tan digna de notarse, que la repite y encomienda el Apóstol (1). No se ha de guiar el que ha recibido gracia por sentimientos humanos, sino divinos; no por engaños, sino por la verdad; no por tinieblas, sino por la luz que nos trajo el Hijo de Dios del cielo. Sepa el justo que hubiere alcanzado la gracia, que para perseverar en ella ha de vivir de fe, y sustentarse de fe como de pan y manjar proporcionado a su estado.

Por esta fe, de que se alimenta el justo, dice el Sabio (*Ecli.*, 15, 3), que *el Señor le sustentó con pan de vida y entendimiento.* Es la fe *pan*, que es manjar universal y acompaña a los demás; porque en todas las cosas nos hemos de guiar por fe, gobernándonos por las leyes del Evangelio, no por la sabiduría humana. Y este *pan* es *de vida*, porque sólo con sus reglas viviremos la vida que hay de estimación, que es la de la gracia, la cual perderemos si nos gobernamos por los sentimientos mundanos. Es juntamente *pan*

(1) Rom., 1, 17; Gal., 3, 11; Hebr., 10, 38.

de entendimiento, porque la verdadera prudencia no es sino la del Hijo de Dios, que nos enseñó en su Evangelio; lo demás es ignorancia, error, tontería, falsedad y tinieblas.

Por este *pan*, se dice en los Proverbios (9, 1): *La sabiduría edificó su casa; labró siete columnas; ofreció sus víctimas y sacrificios; echó agua al vino, y luego puso la mesa. Envió sus criados para que llamasen a todos a que subiesen a los alcázares y muros de la ciudad. Si alguno es pequeñuelo, venga a mí: venid, y comed mi pan, y bebed mi vino que he mezclado para vosotros.* La Sabiduría Eterna, que es Jesucristo, no nos puede convidar a pan de ignorancia, sino de entendimiento y luz. Para esto edificó su Iglesia, instituyó en ella los siete Sacramentos, ofreció sacrificio de sí mismo, y púsonos la mesa de su doctrina, con el pan y vino de la fe, conforme lo declara San Dionisio Areopagita: para lo cual convida a los pequeñuelos recién nacidos del Espíritu Santo por su gracia.

Pues con este pan de la doctrina del Hijo de Dios se ha de sustentar y vivir el justo por fe, ajustando sus obras y sentimientos al Evangelio. No se ha de regir por la autoridad del mundo engañado; no por lo que persuade el demonio engañador; no por lo que dicta la carne ciega, engañada y engañadora, sino por la razón, por la verdad, por la fe. El mundo dice que es gran bien tener riquezas sobradas; Jesucristo dice que son espinas, y que es tan dificultoso salvarse el rico como entrar un camello por el ojuelo de una aguja; y a la pobreza encomendó tanto, que dijo ser *bienaventurados los pobres*. La carne dice ser gran dicha gozar con anchura gustos y deleites; Cristo dice que el camino ancho lleva a la perdición y miseria, y que antes son bienaventurados los que lloran. El diablo persuade que es grande felicidad la dignidad, las honras, el mando; Cristo califica por bienaventurados a los que son perseguidos y humillados. ¿Cuál de estas doctrinas ha de ser pan de los justos, con la cual han de vivir los que están en gracia? La que es pan y no rejalgar; la que es antídoto

y no ponzoña; la que es verdad y no mentira. Y ¿cuál puede ser ésta, sino la que nos enseñó el que es verdad, salud y vida, Cristo Jesús?

Por cierto, que es de maravillar cuántas herejias prácticas se disimulan y aun alaban en el mundo Mil herejías de éstas contra la doctrina del Salvador se dicen cada día, y no hay quien se extrañe ni escandalice de ellas. No es otra cosa alabar a las riquezas y honras y gustos, y despreciar la pobreza, humillación y severidad de la vida, sino ir contra la doctrina de Cristo. ¡Que esto no sólo se disimule entre cristianos, sino que no se repare en ello! Tales hablas, por herejías las hemos de tener. Contrarias son a la fe; opuestas al Evangelio, que aconseja despreciar todo, y no por bienes, antes por males califica semejantes cosas.

¡Ay de aquellos, como dice el Señor, que *dicen bueno lo malo y lo malo bueno,* engañándose en el juicio de las cosas; y dichosos aquellos que dan en la verdad! ¡Ay de aquellos que viven engañados con el mundo, y bienaventurados aquellos que sólo viven por lo que dijo Jesús, siguiendo su soberana doctrina!

Temamos decir con la obra lo que si lo dijéramos con la boca fuéramos condenados por herejes. Tema mucho quien dice que la doctrina del Señor es despreciada. Tema, si lo dice con sus obras, aunque con las palabras lo calle. A Dios no hay que engañar. La fe hemos de tener en la boca y en el corazón; y si está viva en el corazón, estará en las obras.

§ 2

La linterna de la fe.

El alma devota en medio de las tinieblas de este mundo para no tropezar y dar de ojos, y para hallar la preciosa joya de la perseverancia, encienda la antorcha de la fe, actuándose siempre en sus verdades y examinando a su luz todas las cosas; y hallará que lo que al parecer del mundo es malo y detestable, no es sino bueno y lo que más debe desear; y al contrario, lo que el mundo ama, busca y alaba es lo que debemos huir como pernicioso y malo.

Bien declaró esto un doctor místico con esta se-

mejanza (2). Como cuando la justicia ronda en una noche oscura, a cada uno que encuentra saca una linternilla o luz que lleva secreta para saber quién es, y muchas veces el que con la oscuridad de la noche, en el hábito exterior, parece algún hombre desechado, mirándolo a la luz suele ser alguna persona grave y de cuenta; y, al contrario, cuando piensa que ha topado con algún hombre de importancia, llegando con la luz halla que es un lacayo; así también, mirando con anteojos del mundo la pobreza, la humildad, la sujeción de la obediencia o los trabajos pasados por Cristo, parecerán cosa desechada y abominable; pero aplicando la linterna de la fe, hallarás allí grandes tesoros; y si miras la grandeza y honra mundana con los mismos anteojos, sin duda la juzgarás por un bien incomparable; mas si aplicas la luz verdadera de la fe, no hallarás más que humo, vanidad y mentira.

De esta manera habemos de usar de la luz de la fe en las tinieblas de esta vida, procurando traerla siempre en la mano; llegando con su luz a reconocer y examinar cuantos pensamientos se nos ofrecen.

Ofrécese un pensamiento de soberbia, diciendo que será bien que te estimes y que tienes partes para pretender esto o lo otro: llega entonces con la linterna de la fe, y con ella conocerás cuán despreciado mereces ser por tus pecados; y juntamente, que toda la gloria de este mundo es basura y estiércol.

Llega otro pensamiento de deleite o de riquezas; pónesle la luz en la cara, y quitándole el rebozo y la máscara, ves que no es otra cosa sino inmundicia y suciedad, y que *toda carne es heno,* y que las riquezas y bienes temporales de esta vida son más *espinas* que punzan que bienes que satisfacen para dar verdadera hartura.

Por el contrario, ofrécesele a uno un menosprecio, una tribulación o trabajo; aplica la luz de la fe, con la cual echa de ver que es gran bienaventuranza el ser menospreciado y olvidado de los hombres, y que la cruz y trabajos son los medios y el camino real del cielo. Viendo esto con los ojos de la fe, no deja uno perder la ocasión del trabajo y confusión, sino antes, como diestro artífice que conoce la fineza de las

---

(2) Fray Tomás de Jesús, *Práctica de la viva fe.*